

## El Pancho Villa de Paco Ignacio Taibo II\*

Víctor Orozco\*\*

Paco Ignacio Taibo II nos vuelve a asombrar con un nuevo libro. A su larga lista de los publicados (conociéndolo, es capaz de tener otros guardados) agrega la biografía de Pancho Villa. Digo que nos vuelve a asombrar porque, ya sea con una novela o con un estudio histórico, este autor siempre pone frente a los lectores una prosa que causa nuevos goces, pero que también contiene nuevos desafíos. Diestro en la novela policíaca, se ha revelado también como tal en la biografía (no está por demás recordar que le debemos su gran libro sobre el Che Guevara), una manera de abordar la historia, cautivante, pero riesgosa. Uno de los peligros es la fascinación que con frecuencia ejerce el personaje sobre su biógrafo, que a veces lo deslumbra de tal manera que no puede ver sino la luz que emana de los actos del biografiado. Otro, es que procesos históricos increíblemente complejos se miren sólo desde la perspectiva de uno de sus protagonistas cuya participación, por más notable que sea, es una entre muchas de las que producen la resultante final. Taibo introduce una técnica que ayuda a precaverse de estos escollos: expone su versión, pero ofrece al lector las varias que existen sobre el punto, de suerte tal que

cualquiera puede acudir a otras fuentes y asumir otros puntos de vista.

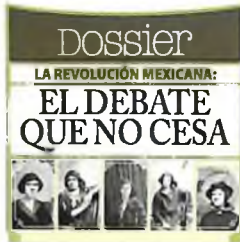
Francisco Villa es uno de los personajes más complejos de nuestra historia. Alguien decía que no hay un solo Villa, sino que existe uno, abigeo y perseguido por la ley hasta antes de 1910; otro, al que la revolución maderista redime de sus faltas; otro, de 1911-1912, que se ensaya infructuosamente como un negociante establecido; otro, el colaborador militar de Victoriano Huerta contra la rebelión orozquista y preso político del gobierno que defiende; otro, el de 1913-1914, constructor de la División del Norte, cuando escala las cimas de la gloria militar; otro, el de la soberana convención revolucionaria, cuando más cerca estuvo del poder nacional, maravillosamente simbolizado en esa fotografía que todo mundo conoce, sentado en la silla presidencial; otro, el caudillo que ve desmantelado su gigantesco poderío militar en las batallas del Bajío; otro, el guerrillero perseguido por carrancistas y norteamericanos de los que no sólo logra escapar, sino revivir y reconstituir su ejército; y, finalmente, el de la rendición y hacendado *sui generis* en Canutillo.

Pero hay otros Villas que Taibo nos recuerda en sus páginas: el rancharo socarrón que nunca dejó de ser y con el cual a menudo se asociaba este machismo poligámico muy del siglo XIX y primeras décadas del XX, y que subsistió o subsiste en las zonas menos comunicadas de la sierra. (Todavía me tocó escuchar en Batopilas, hace unos veinte años, a uno de estos sementales decir, refiriéndose a sus mujeres: "este año me parieron cuatro".) Taibo, para hacernos abrir boca, de entrada en su libro enlista las casi treinta esposas que tuvo Francisco Villa y las más de dos docenas de hijos en poco más de diez años. Por cierto, y a propósito del léxico de Villa y su socarronería, Paco se pregunta qué querría decir cuando les llama *bigornias*



\*Texto leído en la presentación del libro de Paco Ignacio Taibo, *Pancho villa: una biografía narrativa*. Planeta, México, 2006, en la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, el 28 de septiembre de 2006.

\*\*Docente de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.



*Creo que Francisco Villa es de los más inasibles desde este punto de vista. Ocupa un lugar entre esos tipos históricos que se construyen en medio de las confrontaciones, que sólo pueden ser hijos de las revoluciones y de la guerra. No de aquellos que las conciben o las anticipan, sino de los que emergen y se forman en su curso y que llevan necesariamente todas sus marcas, sus sorpresas, sus virajes.*

a los carrancistas. Hasta donde sé, en el lenguaje ranchero de Chihuahua y en un cierto contexto, se parecía a algo así como "pichones", "pan comido", "culitos").

Pero, además de todos estos Villas, está el Villa mítico, el de la leyenda que, como lo muestra en un libro reciente Miguel Ángel Berumen, comenzó muy pronto, apenas se apuntó los primeros triunfos militares contra el huertismo en 1913. Este Villa fascinante que se crea y recrea una y otra vez en anécdotas contadas mil veces y mil veces reinventadas. El Villa que estuvo en varios lugares a la vez y que trasciende a los libros, como lo muestra Calzadillas: entrando en Chihuahua en 1911, cuando estaba en Juárez; o al cine, como lo muestra Fernando de Fuentes en su película de 1938: asesinando a una familia de uno de sus dorados para quitarle a éste las ataduras que le impedían reunírsele. Al San Panchito Villa que es para un grupo que año con año le viene a rendir culto a su tumba en Parral; al Villa que, dicen, quemó a una anciana en Satevó; que creó 50 escuelas en un mes; que recogió a varios cientos de niños de la calle en la ciudad de México; que es campeón indiscutible de sus "hermanos de raza", como gustaba decir, estos, de los labradores o campesinos, pero que no es proclive al reparto de tierras, ni estando en el pináculo del poder ni cuando se instala en Canutillo; al que es capaz de mandar a la muerte segura a cientos de sus hombres frente a las ametralladoras que puso Obregón en las lobe-

ras de Celaya, pero que llora ante la tumba de Madero. Entre más crece y se enriquece la leyenda, más difícil es arribar al Villa de carne y hueso, al real.

Cada hombre y cada mujer somos un haz de contradicciones; sin embargo, pienso también que hay otros personajes menos difíciles de comprender. Traigo a la memoria biografías como la de Lincoln, por Emil Ludwig, que me cautivó desde la secundaria; o la de Trotsky, por Isaac Deutscher. Incluso las debidas a un escritor como Lytton Strachey, sobre los victorianos destacados. En cada caso me encuentro con hombres y mujeres definidos por una vocación, por un propósito que orienta todos sus afanes, cuyos actos o reacciones, a pesar de todas las vicisitudes, pueden ser hasta cierto punto previsibles. Creo que Francisco Villa es de los más inasibles desde este punto de vista. Ocupa un lugar entre esos tipos históricos que se construyen en medio de las confrontaciones, que sólo pueden ser hijos de las revoluciones y de la guerra. No de aquellos que las conciben o las anticipan, sino de los que emergen y se forman en su curso y que llevan necesariamente todas sus marcas, sus sor-

*Taibo es de los que más se ha adentrado en la personalidad de Villa. Lo hace con los ojos del historiador y del escritor, pero, a mi juicio, también del militante venido de los movimientos de oposición, de la izquierda contestataria, irreverente e irrespetuosa de la autoridad. Busca y encuentra un Villa que representa a los desposeídos, un vengador de agravios. Otros ha habido y hubo, durante la revolución, con mucha mayor claridad y congruencia.*

presas, sus virajes. Quizá en ello radique parte del atractivo que sigue teniendo para historiadores y para el gran público.

¿Cómo hacer una biografía de este personaje que abarque la totalidad de su vida? Y no me refiero sólo a su prolongada existencia (aun cuando apenas tenía 45 años cuando murió), sino a la densidad de la misma, a la posibilidad de capturar en la escritura a todos estos Villas y que ha provocado un sinnúmero de intentos, provenientes tanto de sus apologistas como de sus detractores. Villa, pues, da para todo. Tal vez haya otros casos similares por la variedad e intensidad de sus intereses, pasiones y andanzas.

Taibo es de los que más se ha adentrado en la personalidad de Villa. Lo hace con los ojos del historiador y del escritor, pero, a mi juicio, también del militante venido de los movimientos de oposición, de la izquierda contestataria, irreverente e irrespetuosa de la autoridad. Busca y encuentra un Villa que representa a los desposeídos, un vengador de agravios. Otros ha habido y hubo, durante la revolución, con mucha mayor claridad y congruencia. Sin embargo, muy

pocos son (Zapata es el otro gran caso) que han resistido la prueba del tiempo y se sostienen como símbolos, más que por la consistencia de sus planteamientos, por su indudable matriz popular, por su identificación con las profundidades del alma colectiva. Vale decir, con las aspiraciones y sueños, sí, de mejoramiento económico, pero también, y en ciertos momentos básicamente, de grandeza, de elevación por encima de las miserias cotidianas, de poder hablar de tú a tú con los dueños del dinero y de la tierra. De poder mentarle la madre al hacendado en sus barbas y, actualmente, al banquero o al alto funcionario del Estado. Villa es de los que encarnan estos anhelos. Muchos otros hay, desde luego. Y, de hecho, en cada región y casi en cada pueblo del país existe alguno, que de tipos levantiscos y osados no hemos carecido nunca. Pero la masa es sintetizadora: convierte a uno o dos en los arquetipos.

Francisco Villa no fue un militar o un caudillo que en su tiempo conjuntara representaciones nacionales; lo es ahora, incluso de dimensiones continentales, al menos para Latinoamérica. Si exceptuamos los pocos meses que duraron las campañas militares de la soberana convención y que lo llevaron a México o a Monterrey, su radio de acción es mucho más reducido: el estado de Chihuahua, principalmente, y la Laguna. No obstante que fue la División del Norte la que quebró al ejército federal en esta serie de







batallas que van desde Ciudad Juárez hasta Zacatecas, hasta allí llegaron las tropas villistas. Álvaro Obregón cantará sus propias glorias militares, pero a pesar de sus 8,000 kilómetros de campaña, no fue en los escenarios que él dominó donde se decidió el triunfo de la revolución constitucionalista. Sin embargo, a la hora del enfrentamiento con Villa, el ejército comandado por el que luego resultó manco en la segunda batalla de Celaya, sí contaba con una representatividad mayor, pues integraba contingentes de prácticamente todos los estados de la República. Esto habla de las limitaciones estratégicas del villismo y que, sin caer en las generalizaciones que con agudeza critica Paco Ignacio Taibo a Adolfo Gilly, explican el trasfondo de su derrota.

Antes de terminar, quiero lanzarle un par de preguntas provocadoras al autor. La primera, ¿por qué llama historiadores de arriba a Katz y a Pedro Salmerón e historiadores de abajo a Jesús Vargas y Rubén Osorio? Hasta donde conozco el trabajo de los cuatro, se ocupan de los mismos materiales históricos, arriban a conclusiones igualmente acertadas o igualmente discutibles. Con excepción de Katz, que consultó una gran cantidad de documentos en archivos extranjeros, sus fuentes son básicamente las mismas y con recursos también similares. Finalmente, todos ellos, como el mismo Taibo, tienen y han desarrollado una pasión por el tema de la Revolución mexicana. Me quedó entonces la idea que se trata de una clasificación poco sustentada de mi amigo.

Otra más. El otro día, leí en una entrevista a Enrique Semo que éste decía que, en su lucha encabezada actualmente contra la derecha y la imposición, Andrés Manuel López Obrador debía tener como modelo

a Benito Juárez y no a Pancho Villa. No dijo más, pero es probable a que aludiera al hombre de la ley y la persuasión para conformar una gran coalición republicana que fue Juárez, distintivos que combinaba con un inquebrantable nacionalismo y capacidad de resistencia, lo que contrasta con la arbitrariedad y carencia de un sentido nacional de Villa. También, es probable, a las dudas que el villismo genera. Cayendo en el plano de la pura especulación histórica, ¿qué hubiera sucedido si triunfa Villa en 1914-1915? ¿Habrían, los generales de la División del Norte, soltado las haciendas de Chihuahua que tenían bajo su encargo para repartirlas entre los campesinos? ¿Se habría podido constituir un gobierno nacional por encima y a pesar de estos "señores de la guerra" armados hasta los dientes?

Voy a concluir, no porque me falten temas ni ganas de seguir, sino porque yo sólo vine a recomendar el libro de Taibo y proponer algunas pistas para su lectura o, mejor aún, a exponer algunas de las inspiraciones que me motivó. Pues, deben creerme, sí lo leí en los días pasados, a pesar de su bíblico tamaño. Lo hice por interés en el tema pero, sobre todo, por placer. De otra manera hubiera sido imposible. Estoy seguro que cada uno de ustedes que se sumerja en la rica prosa de Taibo encontrará la misma satisfacción que a mí me causó.